

Grupo Trabajo de mujeres que hablan y, a veces, escriben

El placer espiritual en el Grupo Trabajo

Este grupo lo formamos Laura Mora Cabello de Alba, Carmen Yago Alonso, Lola Santos Fernández, Ana Carolina Ortiz Asensio e Ivette Roche Andreu. Las cinco estamos vinculadas a través de Duoda, como magistras y profesoras en el Máster en Estudios de la Diferencia Sexual. Cada año nos encontramos presencialmente en el Seminario de Primavera. El Grupo nació en el año 2011 con la intención de ser un lugar donde estar en relación y poder nombrar los malestares en el trabajo. Inspiradas por aquel entonces en el Gruppo Lavoro de la Libreria delle donne de Milán, se ha convertido en un lugar de trabajo político original, precioso y preciado, en el que poner orden en el desorden.

El placer que aligera la vida

Soy Laura Mora y, para mí, es un placer sentarme cada tarde de domingo de final de mes delante de mi ordenador, con una tacita de infusión a mi lado, a esperar el encuentro con mis mujeres amigas del Grupo Trabajo de mujeres que hablan y, a veces, escriben.

Llevamos ya casi cinco años encontrándonos y, quizás, una de las condiciones de generación de placer sea la no exigencia, la falta de obligación, el gusto de estar juntas por el mero y trascendental hecho de estar juntas. Hablamos siempre. Escribimos con frecuencia.

Pero, para mí, el Grupo no siempre fue así de placentero. Me nació la necesidad de fundar un grupo al estilo del Gruppo Lavoro de la Libreria delle donne de Milán y, después de la presentación en Barcelona, en la Librería Pròleg, de su Manifiesto *Imagínate que el trabajo...* se lo propuse a Carmen Yago e Ivette Roche, para que lo hiciéramos juntas y convocáramos a otras.¹ Y ellas respondieron entusiasmadas. Pero, al principio, quizás como herencia de la cultura patriarcal que hace recaer en los hombros

de cada solo individuo la responsabilidad de sus retos, yo sentía el peso del miedo (miedo a que no saliera el grupo), de la responsabilidad de convocar y sostener, de que mis amigas se entendieran o no entre ellas -que no se conocían salvo un poco Carmen e Ivette. Supongo que, además de ese canon individualista y de “emprendimiento” solitario que nos circunda, mi carga tenía que ver también con la fragilidad de los inicios -que nombró Luisa Muraro-² de lo tierno de todo lo que comienza. De lo tierno que puede cuajar o no. Pronto, en tres o cuatro meses, ese peso se me aligeró, me dejé acompañar por las que me acompañaban desde el principio y, en poco tiempo, teníamos un grupo de mujeres en relación sin fin -horizontal, de semejanzas dispares y singulares, circular, con un infinito abierto de posibilidades- que estaban encantadas de estar juntas e intentar aliviar las contradicciones que nos encontrábamos en el trabajo.

Aliviar contradicciones es aligerar la vida y esto da mucho placer. Porque cuando no se tienen las herramientas y las compañías necesarias para ir respirándola, la vida pesa. Se va desmadejando, se hace nudos, burruños obstinados que duelen, no dejan pasar el aire ni seguir afinando la trama del hilo de la propia experiencia. Y el trabajo, en muchas ocasiones, es fuente privilegiada de atascos y dolores mudos y, entonces, de un gran gasto de energía para hacer frente a todo ello, que nos cansa e incluso enferma, como me pasó después de años de no tener un lugar con sentido libre para mí en la universidad donde trabajo como profesora e investigadora.³

En el Grupo Trabajo hemos aligerado tanto que, a veces, nos vamos diluyendo en la risa ante situaciones que, en otro tiempo, nos hubieran parecido una auténtica tragedia laboral (y no solo). Hacemos un trabajo simbólico o de resignificación de nuestra experiencia, intentando poner palabras ciertas entre unas y otras a la realidad de cada quien que lo necesita. Y, a veces, tengo la sensación de que nos pasamos, pidiéndonos con poca medida. Supongo

Grupo Trabajo de mujeres que hablan y, a veces, escriben

que con las otras, que entre todas, puedo salir del bache indemne. Y quizás haya una penitencia de crecimiento que cada una tiene que vivir íntimamente. Hay terrenos donde este grupo, ni ninguno seguramente, puede entrar.

La verdad es que no conozco más que el placer del espíritu, ese que alinea en cuerpo y alma la existencia. Ese placer que nace del orden del amor a través de la palabra, de la broma, de la risa, de una visión, de una nota musical, de un proyecto de viaje, de una invitación apetecible, de una cosa bien dicha, de un recuerdo evocador, de un soplo de rico olor, de un chisme con gracia. Lo reconozco a cada rato en mi Grupo; siento que nuestros espíritus entrañados están enganchados al placer; y supongo que esto durará mientras nos puedan la risa y la palabra oportuna en nuestras relaciones, aligerándonos la vida.

La inmediatez hecha palabra

En la segunda sesión del Grupo Trabajo, allá por 2011, decidimos por consenso y sin discusión que hablaríamos escribiendo, es decir, que utilizaríamos el chat de Skype como medio de expresión. Las que entonces formábamos el Grupo -Laura, Ivette, Lola, Inés, Ana y yo, que soy Carmen Yago- tuvimos la emergente necesidad de usar la escritura para hablar y, en esta elección, coincidimos por unanimidad y, quizá, porque sabíamos que exponer la palabra a un ritmo de locución rápida es un gesto arriesgado. Cada una tendría entonces su sentido personal de cesión a la escritura; porque, sí, fue ceder a la palabra escrita, ya que hablar resultaba lo primeramente dado. Tiempo después, me he dado cuenta de que esta elección me permite saborear lo que llega de repente y que la inmediatez no sea un obstáculo en el intercambio.

Mi espontaneidad ha ganado libertad de esta manera.

A través de Skype, el hablar escrito es sincrónico, a veces rápido y otras lento, y habitualmente se caracteriza por la

espera que cada una necesita como intermedio necesario ante lo que pide respuesta. El salto cualitativo de esta forma de hacer política llegó el 2 de marzo de 2015. ¿Qué cambió en la vida del Grupo? Ese día creé junto a mis compañeras un grupo de WhatsApp sin saber inicialmente qué podría devenir. Devino en primer lugar alegría. Mucha. Sabernos cerca fue un hermoso descubrimiento aquella mañana de primavera. Desde ese momento hasta hoy, el chat del móvil ha aportado más presencia de cada una en relación con las otras. Esta presencia, junto a la posibilidad de incorporar la materialidad de lo cotidiano en nuestra conversación, ha dado lugar a diálogos que nos permiten consultar con otra aquello en lo que está cualquier día de la semana. Esta práctica se abre en espacios no recluidos a la dicotomía público/privado, porque cualquier lugar se convierte en hábitat de política. Desde marzo, el chat móvil nos ha servido para tratar las contradicciones que nos requieren trabajo y que no estamos dispuestas a solventar solas. Porque de eso se trata: de arreglar la casa común y de echarnos una mano.

La razón que nos guía es el amor al intercambio. Razón que podría ser fuente de riqueza en cualquier trabajo. Para nosotras, sin duda, es una de las inversiones más felices que hemos hecho juntas. Y lo es porque resuelve nudos que atentan la vida creando orden simbólico. Gracias a la lengua materna, la que nos da la posibilidad de escribir y escuchar, el círculo virtuoso de dar y recibir se da casi a diario, incluyendo momentos de conflicto. Es esta experiencia, tan corpórea y espiritual, la que recuerda que mi libertad depende de la relación con otra mujer y que es una tarea simbólica, que puede ser placentera y siempre inacabada.

Una palabra lleva a la otra

Soy Lola Santos y para mí el Grupo Trabajo es el lugar de relación entre mujeres que me regala alimento simbólico. A mí esto me da mucho placer.

Grupo Trabajo de mujeres que hablan y, a veces, escriben

Da mucho placer ver cómo las palabras se cuelan en conversaciones -ligeras o profundas- en las que se enredan con otras palabras y estas con otras hasta llegar a nombrar la experiencia femenina que encarnamos cada una de nosotras. A veces, incluso, como si todas las energías del universo se confabulasen a nuestro favor, la satisfacción de sentirnos nombradas se vuelve un inmenso placer y la vida del espíritu se agranda con ello. Son inesperados y exquisitos movimientos que las palabras dichas en relación nos regalan. Movimientos, primero, lentos y circulares que van desbrozando y diseñando un espacio de sentido simbólico para enmarcar, después, un sucederse de palabras que llaman a otras y estas a otras hasta dar con el placer por el placer mismo de insinuarlas, conjugarlas, desmontarlas y volverlas a armar en la relación con la otra, con las otras. Las palabras emanan de las entrañas, cobran vida por sí mismas y nos acompañan al lugar del placer espiritual. Al lugar de la vida del espíritu. El cuerpo las sigue efervescente, la mente apaciguada y el alma ocupa el lugar de la felicidad de la existencia.

Otras veces, sin embargo, esas palabras vienen de lejos, de muy lejos, y caen en el Grupo de golpe, sin saber muy bien cómo ni por qué, pero como un cometa dejan un rastro de luz a su paso. La primera vez que oí nombrar con otro sentido “seducción” fue en palabras de Manuela Carmena. Me gustó. Fue una noche excitante, la de las elecciones municipales de la primavera pasada, y que seguí desde lejos pero muy cerca de Carmen e Ivette, aunque también de Laura y de Ana, por WhatsApp. La política segunda nos cautivó de la mano de Manuela y nos dejamos acariciar. Ella no hablaba de enfrentamientos ni de victorias ni de egos ni de doctrinas... ella, como si estuviera en ese más allá de la norma, hablaba, entre otras cosas, de seducción como posición política desde la que partir para dialogar, conquistar, convencer, un lugar desde el que ofrecer(se). Me pareció humilde y grande a la vez. Ese “seducir”, gesto antiguo y (creo) más de mujeres que de hombres, cayó en nuestra conversación con la fuerza y la ligereza de las

buenas intuiciones, y así la acogimos, como una de esas palabras que podría llevarnos a otra. O no.

Pasó un mes de aquello y Carmen nos trajo unas elecciones de departamento universitario donde había poco espacio para el sentido común y, quizás, menos para la seducción, pero un improvisado sentido de oportunidad política que llevó a Carmen a participar en la votación, llevó a alguna a hablar de “mediaciones femeninas” y a mí a poner todo ello en relación, otra vez, con la “seducción”. No sé muy bien cómo se me apareció la conexión pero tenía algo que ver con el estar en los lugares de la contradicción, como el trabajo o las instituciones, con señorío, con gracia, indiferentes a la dialéctica pero no a las ganancias de nuestro paso por ellos. Fue una conversación alegre, atropellada y con poca reflexión, pero a mí esas palabras me colocaron, me llevaron a otro sitio: me acompañaron a una reunión organizativa de abogados y a varios consejos de departamento; lugares especialmente hostiles de mi trabajo en los que por primera vez me reapropié de algo que tenía que ver con una fuerza lejana, antigua y enterrada en lo más profundo de mi ser mujer. El movimiento de la palabra era ese. La palabra de una, dicha en el Grupo, llega a la otra y, en ocasiones, la lleva a un conocimiento más profundo y verdadero de sí. El placer estaba allí. Era el mismo placer que de niña encontraba en abrir y desempolvar un viejo baúl lleno de ropa vieja, olvidada y muy seductora de mi abuela.

Llegar después

Soy Ana Carolina y cuando me propusieron escribir sobre el placer espiritual me surgió esta cuestión: “no sé si será casualidad o siempre llego después”. Esto es algo que siempre me planteo al llegar a un sitio. Ahora sé que es porque soy la segunda hija de una familia donde nacieron tres criaturas: una hija, yo y un hijo. Y siempre siento que formo parte de un trío, formado con mi madre y mi hermana, en casa, en mi origen. Esto, normalmente, me

Grupo Trabajo de mujeres que hablan y, a veces, escriben

hace sentir insegura. Tiendo a pensar que el resto está antes que yo y que por tanto yo soy la “nueva”. Explico esto porque fueron algunas de mis sensaciones al invitarme a este espacio de trabajo simbólico entre mujeres. Me sentí especial por un lado pero, por otro, temí no estar a la altura de la sabiduría de mis compañeras. Para mí son mujeres muy sabias.

Ellas me invitaron a participar de su conversación un sábado por la noche de mayo, que estábamos cenando, tras el Seminario de Duoda, alrededor de una mesa, comiendo y charlando. De repente, empezamos a tocar los cuerpos, como a mí me gusta referirme a cuando se habla de lo que nos toca el alma, cuando cada una habla desde su propio orden, a compartir. Como hago un domingo al mes, desde entonces y, por WhatsApp, casi a diario. Algo que a mí me sirve para no perderme entre tanto desorden.

Aquella noche cenando hablamos de muchas cosas. Yo hacía poco tiempo que había vuelto de un viaje que me había dejado muy marcada, porque había estado expuesta a mucha violencia. Al compartir mis impresiones y experiencia, sentí que aquel grupo era mi sitio. Por fin, un lugar más donde compartir experiencias que tocan el alma porque hasta ese momento solo conocía el espacio de la terapia psicológica. Ese momento fue clave porque al explicar lo ocurrido en mi viaje recuperé la cordura. Recuperé con alegría lo que mi cuerpo y mis sentidos me habían regalado: la posibilidad de salvarme de la violencia. Y fue con ellas, con mis compañeras de Grupo.

Fue al hablar con mis amigas cuando pude desatar ese nudo. Eso es para mí el placer espiritual en grupo, desatar nudos, compartir la alegría de vivir cuando se detecta la violencia y me salvo de ella. Esta relación de dependencia, que viene del reconocimiento de autoridad de mis compañeras, que me permite vivir y disfrutar de más libertad, porque me impulsa y me anima a reconocer y a respetar lo que me dicen mis sentidos. Mi propio orden.

Es un espacio compartido donde mi orden particular encuentra sentido, alimento y aliento para continuar y crecer. El placer espiritual de sentirse entera. Ese placer puede que nunca se haya sentido en el origen pero ello no ha impedido que lo busque. Quiero decir con esto que el placer espiritual es algo que yo sin sentirlo lo buscaba, como una necesidad primaria, como si mi cuerpo supiera que existía y mi mente le ha ayudado a encontrarlo. Mediante la relación con otras, diferentes de mí y de mi origen, he podido poner lo que soy en el mundo y este es el mayor placer que puede sentir una persona; al menos, para mí así ha sido. Esa es también mi alegría: poder sentirlo y saber que cada persona puede vivirlo, si lo busca, aunque no lo haya sentido antes; pero teniendo cuerpo y teniendo vida puedes tener la oportunidad de vivirlo, aunque no creas merecerlo. Es algo que nadie te puede dar sino algo con lo que nacemos, cuerpo, sentidos y mente, un Don. Un talento que todas tenemos y que solamente hay que cuidar y alimentar para que crezca.

Cuando no se da

Nunca pensé, cuando fundamos el Grupo Trabajo de mujeres que hablan y, a veces, escriben que este sería un lugar de placer espiritual. Lo fundamos para sostener un deseo grande y urgente, para dar respuesta y abrigo a esa necesidad que sentíamos en el espacio inhóspito que llamábamos trabajo. Para esa fundación contó Laura con dos de nosotras que arrimamos el hombro y el corazón. Con el tiempo, el trabajo del que hablaba se convirtió en el trabajo que hace cada mujer, en este caso, el que hacemos Ana Carolina, Lola, Carmen, Laura y el que hago yo, que soy Ivette. Los inicios fueron difíciles; releo los *e-mails* con asombro de los pasos dados, las dudas, los conflictos, los ajustes. Como cuando el Grupo pesaba más a unas que a otras y cómo esto se fue ajustando. Poniendo alguna en juego esos malestares y alguna otra escuchando. Armandos un vestido que nos sentara bien a todas. Que si quedábamos los lunes o los domingos, que con qué frecuencia, que si escribir siempre,

Grupo Trabajo de mujeres que hablan y, a veces, escriben

si con deberes o no, muchas costuras y, al principio, poco placer. Pero despacio fuimos haciendo y ahora tenemos ese vestido ligero y placentero en el que nos encontramos de vez en cuando y que ofrece un lugar donde hacer un trabajo político sincero cuando se da. Un lugar que modifica a su vez nuestros espacios de trabajo y relación. Multiplicando su alcance de tejido.

Que el trabajo de pensar en el trabajo se volviese placentero al alma era para mí hace cinco años algo inimaginable pero hoy sé, y lo siento en todo el cuerpo, que lo concreto, lo diario, el trabajo y aquellos lugares donde una pensaba poder perecer, pueden ser lugares exquisitos para el placer espiritual. Al menos que mucho más frecuentemente de lo que yo esperaba, en el trabajo y en los espacios para hablar de él ese placer se da.

Este darse no es gratuito aunque sí que cuando se da lo hace en un modo extrañamente suelto y ligero. Como en un puchero, ese placer es la resulta de varios ingredientes distintos, que se dan y, al darse, dan lugar al placer de nombrar y actuar juntas. No sé con precisión cuáles son, pues ese placer es algo que gratamente me ha sorprendido.

Skype, WhatsApp, sentadas a una mesa... distintos medios nos han asistido en nuestros encuentros placenteros. Estos medios que usamos para encontrarnos nos dan sus más y sus menos, pero lo que mueve u obstaculiza el placer espiritual de los encuentros somos nosotras. Y nuestra habilidad o no para ir al encuentro de la otra sin llenarlo todo de mí, por ejemplo. Nuestra habilidad para poner freno y límite a aquello que imposibilita el encuentro con la otra, también.

Ese trabajo de atar la lengua, medir el propio cansancio, hacer vacío en una, amar y estar en las palabras... es un lugar espiritual que vamos entrenando, por pisarlo y repisarlo, tanto con éxito como sin él, pues de ambos fluyen ganancias.

Esta batalla propia, que es de cada una, íntima pero cercana al trabajo del Grupo, es algo que nunca acaba, un puchero nunca finalizado, siempre pochando. Puchero de pucheros, inevitablemente, el Grupo Trabajo es un lugar de placer espiritual, a pesar de que, a veces, no se da. Y cuando esto sucede y aparece el no placer, el malestar de una, de más, o de todas, a mí me viene la necesidad de silencio, porque el trabajo que hacen las palabras medidas, no lo hacen las otras. Y ese silencio, ese descanso, ese trabajo de medida de cada una sirve al Grupo para volver a empezar luego, si hay deseo.

Recepción del artículo: 15 de diciembre de 2015

Aceptación: 23 de enero de 2016

Palabras clave: Política de lo simbólico - Autoridad femenina - Grupo Trabajo

Keywords: Politics of the Symbolic - Female Authority - "Grupo Trabajo"

notas:

¹ Pinuccia Barbieri, Maria Benvenuti, Lia Cigarini, Giordana Masotto, Silvia Motta, Anna Maria Ponzellini, Lorella Zanardo y Lorenza Zanuso, "Sottosopra: Imagínate que el trabajo", traducción de María-Milagros Rivera Garretas, *DUODA* (38, 2010).

² En *El Dios de las mujeres*, traducción de María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: horas y Horas, 2006, p. 63.

³ Como a mí me pasó y cuento en "Mi enfermedad, mi cuerpo, mi libertad", *DUODA* (31, 2006). En relación al camino de búsqueda que he transitado para encontrar un lugar saludable de trabajo, mi "Un derecho del deseo, un derecho sexuado", Barcelona: Icaria, 2015.